

Vigilia Pascual
Catedral de Chillán, 4 de abril de 2026

¡Aleluya, ha resucitado el Señor, aleluya!

Nosotros no estamos visitando una tumba, sino participando del triunfo del resucitado sobre la muerte y el pecado. Con todo, necesitamos dejarnos sorprender por lo que Dios hace. Si nos limitamos a los estrechos conceptos y modos de pensar que suelen reinar en el mundo, nunca lo lograremos. En efecto, el Señor rompe los moldes y actúa portentosamente hoy, así como lo hizo en el día glorioso de la resurrección de Jesús: El temblor de tierra y su irrupción a través de su ángel ante los soldados y ante las mujeres escapan de lo que esperado. Esos militares habían sido enviados por Pilato a petición de las autoridades religiosas judías que temían que los discípulos de Jesús robaran su cadáver y luego dijeran que él había resucitado. Sucedió lo inesperado, Dios se salió del mezquino libreto del cálculo humano. Al final, fue como un boomerang contra el plan de los sumos sacerdotes y de los escribas: los soldados serán testigos de que la tumba se vació desde dentro y desde arriba, extraordinariamente, de modo que ellos “temblaron de espanto y quedaron como muertos”.

Las mujeres también se espantaron, tanto que el ángel les dijo: “No teman”. Y después les reveló cuáles eran los propósitos que las movían: “yo sé que ustedes buscan a Jesús, el Crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como lo había dicho”. El Señor también conoce los motivos más íntimos que nos mueven a nosotros para estar aquí. Sabe que tal vez lo buscamos pensando que está muerto o que es inerte, incapaz de colmar la sed de paz, justicia y amor que sentimos. O tal vez, llegamos a pensar que tampoco puede traer la deseada paz a la humanidad. No importa cuál sea el fondo de nuestra alma y de nuestra conciencia. El Señor sabe que quizás buscamos a un muerto. Él quiere mostrarnos que está vivo, aunque parezca muchas veces impotente clavado en la cruz o definitivamente fracaso depuesto en un sepulcro. Tal vez hemos de aprender a escuchar mejor lo que Él quiere comunicarnos y dejar de tratar de hacerlo decir lo que nosotros queríamos escuchar.

En efecto, en ese bendito amanecer, lo que el Señor quería decirles a las mujeres y que esta noche nos quiere comunicar también a nosotros a través de su ángel es muy simple. Son dos cosas:

Primero: “Vengan a ver el lugar donde estaba”. Es decir, contemplan la tumba vacía. A quien buscan no está aquí. El maestro nos quiere despertar de nuestro derrotismo: Jesús está vivo y actúa portentosamente en el mundo y en la Iglesia.

Segundo: “Ha resucitado de entre los muertos”. Desde aquel santísimo momento la muerte no tiene la última palabra; es solo un tránsito hacia la victoria. Y ya preguntamos de la gloria por el Bautismo y en cada Eucaristía.

En efecto, en la epístola de hoy, san Pablo afirma: “Por el bautismo fuimos sepultados con él [con Jesús] en la muerte, para que, así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva”.

Sí, ya gozamos de ella en medio de las contrariedades y alegrías de este mundo; y mañana, la experimentaremos en plenitud en la eternidad, tendremos el gozo siempre nuevo de participar plenamente de la resurrección del Señor. Compartiremos su gloria, en su casa, como está gozando ya ahora María santísima, resucitada en cuerpo y alma con Cristo, su Hijo resucitado.

El ángel agrega a las mujeres que han de decir a los discípulos del Señor que “irá antes que ellos a Galilea: allí lo verán”. Él va por delante al lugar donde los llamó y los preparó personalmente para la misión, compartiendo su vida y ministerio con ellos. Así también el Señor quiere llevarnos al lugar donde ha compartido nuestra vida. Allí donde Él nos salió al encuentro y escuchamos su voz; donde nos alcanzó con su amor. Allí donde pronunció nuestro nombre y nos hizo sus discípulos y discípulas. Todos tenemos una Galilea. Allí lo veremos.

Las mujeres partieron rápidamente del sepulcro “atemorizadas pero llenas de alegría” a dar esta noticia a los discípulos. Quizás a nosotros nos embarguen los mismos sentimientos: gozo y temor, inseguridad y entusiasmo. Sin duda, lo importante es no permanecer en el sepulcro: está vacío. Allí no está Jesús, lo encontraremos en Galilea: allá debemos ir. Y lo más sorprendente es que de camino, tal vez pueda hacerse el encontradizo para animarnos en la misión, consolándonos o dándonos nuevas fuerzas para seguir nuestro camino.

¡Vamos! ¡Dejemos atrás el sepulcro y corramos a nuestra Galilea! Allí Él nos espera, pero no solo a nosotros sino también a todos los que por nuestro medio recibirán el gozoso anuncio de su resurrección:

¡Aleluya, ha resucitado el Señor, aleluya!

Amén.

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira
Arzobispo-Obispo de Chillán